

San Juan Damasceno, Presbítero, Doctor de la Iglesia

Juan nació, en torno al 650, en Damasco (de ahí el sobrenombre de Damasceno), que ya en el año 635 había caído en poder de los árabes y poco después del 660 se convirtió en la capital del imperio árabe en tiempos del califato de los Omeyyas. Juan mismo era de familia árabe, pero cristiana; el padre, al servicio del califa, tenía, al parecer, el importante cargo de exactor de los impuestos pagados a la administración califal por los cristianos, y durante algún tiempo Juan, que, dada la alta condición social de la familia, había gozado de una óptima preparación escolar, le sucedió en el cargo. En una fecha próxima al 700 Juan decidió abandonar la actividad pública para retirarse al monasterio de San Sabas en Jerusalén. En largos años de paz y meditación Juan se dedicó a una intensísima producción literaria, pero sin descuidar la actividad eclesial (había sido ordenado presbítero por el patriarca de Jerusalén, Juan) en la que cabe señalar sobre todo la predicación. Murió en edad muy avanzada hacia el 750.

En los muchos campos en que Juan demostró sus cualidades de escritor y orador (doctrina, exégesis, moral, ascética o poesía), lo hizo en perfecta sintonía con las tendencias propias de su época y con las expectativas del público de lectores a quienes pretendía dirigirse; en concreto, a los monjes. Por eso sus escritos tuvieron tanto éxito, del que dan fe los numerosos manuscritos que nos han transmitido y sus múltiples traducciones a varias lenguas orientales y al latín. En efecto, la época en que vivió y actuó Juan se situaba al final de un larguísimo período histórico que había presenciado el agitado desarrollo de la plurisecular controversia cristológica y también de otras que habían sido atizadas por esta. Por eso, a los escritores sobre temas sagrados no se les exigía originalidad, sino capacidad de síntesis y de sistematización orgánica de una vastísima materia que había sido tratada con anterioridad desde diferentes puntos de vista en una miríada de escritos. Donde Juan hubo que vérselas con problemas nuevos -en concreto **la cuestión de las imágenes sagradas**- supo entrar en el debate con personalidad y originalidad, que hicieron de él el doctor más apreciado en el campo de los iconolátras y corroboraron su fama tanto en vida como tras su muerte.

En los tres discursos *En defensa de las sagradas imágenes*, compuestos entre el 730 y el 731, Juan, por una parte, confuta los argumentos de que se servían los iconoclastas para condenar el culto de las imágenes sagradas y, por la otra, aduce argumentos para demostrar no sólo la licitud sino también la utilidad e incluso la necesidad de tal culto. En este orden de ideas considera esencial que se tenga en cuenta que una misma acción puede tener un valor diferente según la intención con que se hace: tanto los griegos como los judíos, observa Juan, hacían sacrificios, pero la intención era diferente en unos y otros; por eso los sacrificios de los

griegos no eran agradables a Dios y sí en cambio los de los judíos. En tal sentido, la prohibición de hacer o venerar imágenes sagradas, tan importante en el Antiguo Testamento, se explica en clave antidolátrica, de manera que, una vez que este peligro ya ha desaparecido, la prohibición deja de tener sentido, aunque a Juan no se le oculten las degeneraciones a que puede llegar un culto de las imágenes exagerado y no perfectamente encauzado por las vías de la recta fe, que sabe distinguir entre la imagen y la realidad figurada por ella. **Juan sabe captar la función plenamente positiva de las imágenes:** Cristo, si no es representable en su divinidad, lo es en su humanidad, y concretamente representables son la Virgen María y los santos, de modo que, si se procura no confundir ni venerar la materia como si fuese ella misma, y no la imagen representada por ella, el objeto de culto, es

natural que la imagen sagrada cumpla la función de reavivar el celo y la piedad religiosa hacia el sujeto de la imagen: por eso **su supresión representa un empobrecimiento efectivo del culto a Cristo, a la Virgen y a los santos.**

Si en los escritos en defensa de las imágenes sagradas resalta su capacidad de reflexionar de modo original sobre una problemática doctrinal de candente actualidad, la *Fuente del conocimiento* representa de modo insuperable su capacidad de síntesis; es decir, la capacidad de exponer con brevedad, orden, claridad y rigurosa lógica una materia inmensa, que abraza todo el objeto del conocimiento considerado obviamente bajo el aspecto de la fe cristiana. En esta óptica, las tres partes de que se compone la obra se suceden en orden perfectamente

lógico: la primera parte, los llamados *Capita philosophica*, en los que Juan declara que quiere recoger todas las formas de conocimiento. Sigue el libro *De haeresibus*, breve tratado sobre cien doctrinas heréticas, empezando desde los orígenes de la Iglesia, expuesto según la precedente tradición sobre esta materia, principalmente del *Panarion* de Epifanio de Salamina. La tercera parte, respecto a la que las dos primeras son, en sustancia, propedéuticas, es la *Expositio fidei*, presentada en cien capítulos, que exponen la inmensa materia en orden lógico y cronológico.

Esta gran obra debe valorarse en el contexto de una doctrina espiritual muy rica, en la que Juan está influido de modo particular por Evagrio Póntico, el autor predilecto de los monjes de Oriente. Precisamente porque había sido un buen intérprete de las exigencias espirituales de su tiempo, revisadas a la luz de la tradición, el culto de Juan Damasceno fue muy popular en Oriente. En Occidente, en cambio, es más tardío. En 1890 León XIII proclamó a Juan doctor de la Iglesia.

(Texto de M. Simonetti)



Oración : Te rogamos, Señor, que nos ayuden las oraciones del presbítero san Juan Damasceno, para que la fe verdadera que tan admirablemente enseñó, sea siempre nuestra luz y nuestra fuerza. Por nuestro Señor Jesucristo.